

Excmo. Señor Embajador de la República Argentina:

Excmo. Señor Ministro de Relaciones Exteriores:

Excmo. Señor Presidente del Senado:

Señoras y

Señores:

Alto honor experimenta nuestra Casa Universitaria, al recibir en su seno al digno Representante de la República Argentina y a las distinguidas personalidades que, gustosamente han querido asociarse al homenaje que hoy rendimos al pueblo argentino, en la fecha máxima de su vida de Nación libre y soberana.-

Al saludarlos en nombre de la Universidad Católica, de su Centro de Relaciones Internacionales y en especial, del instituto Chileno-Argentino de Cultura, bajo cuyos auspicios se celebra esta velada, queremos ofrecerles todo lo que este hogar de ciencia os puede dar el afecto sincero del corazón de sus legiones juveniles, anhelantes de una humanidad mejor y más feliz.-

Para comprender la significación que tiene entre nosotros este Aniversario Argentino, es preciso apreciar debidamente, la sabia expresión de un escritor americano, que al señalar las causas que obstaculizaban el acercamiento entre los pueblos, hacía mención a esas barreras infranqueables que el patriotismo suele levantar, problema, decía, que no se presenta en nuestro Continente, por la razón de que aquí vivimos como si tuviéramos dos patrias: la propia y América.-

Y es ésta una feliz verdad. Todo hecho o acontecimiento que sucede en un lugar del nuevo mundo, encuentra repercusión hasta en sus más lejanos confines. Todas las glorias y los triunfos de todas ellas. Como, igualmente, cuando el dolor azota un pedazo del suelo americano, toda la América se estremece y llora.-

Justo es, entonces, que si la Patria Argentina a cuya historia nos ligan tan fuertes vínculos, se apresta a conmemorar jubilosamente el glorioso aniversario de su primer grito de libertad, nosotros levantamos los corazones y saludamos con emoción este día, como si el formara parte de la propia tradición chilena.-

Manifestación es ésta, de la verdadera fraternidad internacional que América ha sabido mostrar al mundo, a través de toda su existencia. Hemos nacido con este sentimiento de afecto. Está en nuestra propia naturaleza el sentirnos y estimarnos como hermanos. No ha sido obra de pactos o convenciones humanas, crear este clima de efectiva solidaridad. Todos los acuerdos suscritos en tal sentido, no han venido sino a confirmar y ratificar exteriormente, lo que existía de hecho en los corazones de sus hombres y cuya causa debe buscarse en la comunidad de origen, lengua y tradiciones de todos ellos.

Acerquémonos brevemente a la historia para comprobar como las relaciones chileno-argentinas, no han sido sino una muestra de ese espíritu de hermandad que mencionábamos hace un instante.

Sea que miremos a los lejanos días de nuestra lucha emancipadora y veamos al hermano del otro lado de los Andes, hacerse esta reflexión: “Allí hay opresión; vamos en su ayuda”, y recibir, así, de sus valientes soldados el apoyo necesario para consolidar definitivamente nuestra incipiente independencia.-

Sea, que volvamos la mirada a aquellos momentos tristes, en que nuestra Patria experimentara la terrible catástrofe sísmica, desoladora de vidas y ciudades florecientes, y oigamos de nuevo la voz del pueblo argentino que exclama: “Allí hay dolor y se sufre; socorrámosle” y veamos una vez más, como la mano se tiende generosa para remediar la miseria y enjugar las lágrimas de nuestros hermanos.-

Con este último hecho, que ha comprometido eternamente nuestra gratitud, la amistad de Chile y la Argentina ha quedado forjada para siempre. La amistad inalterable ante el triunfo o el dolor, es amistad sincera, capaz de resistir las embestidas más fuertes del egoísmo o incomprensión humanos; capaz de sobreponerse a las dificultades que, momentáneamente, pueden surgir entre las Naciones.-

Esta unidad de espíritu que reina sobre nuestros pueblos, esta cooperación espontánea y desinteresada, repetida tantas veces en el tiempo, es la misma unidad e igual anhelo de cooperación al que reina sobre todo el suelo de América.-

Fruto de tan magníficos factores, ha sido la paz en que hemos vivido desde los días de nuestra Independencia Política; paz, que si, por momentos, se ha visto amagada, ha sabido salir airoso de las más agudas dificultades, para consolidarse luego, gracias al espíritu jurídico y a la recta razón de que siempre han dado muestra nuestros hombres de gobierno.-

Así, ha podido expresar un internacionalista americano, que todos los problemas vitales del Continente, a pesar de que, desfigurados por la vehemencia de las pasiones, han llegado a adulterarse en su esencia, siempre han terminado por pedir la solución definitiva en los recursos normales del derecho de gente; y que “en todos los casos, aún en aquellos en que se tuvo la desdicha de ensayar la violencia, comprobóse, en los resultados finales, que siempre había posibilidades de acomodar las exigencias, transigiendo los interesados en las pretensiones excesivas y predominando, inconscientemente, en las aspiraciones de los mediadores, los impulsos naturales de los sentimientos de fraternidad, que, es imposible no reconocerlo, gobiernan las relaciones internacionales de América. Y, como el mismo autor agrega, los resultados de estas prácticas normales entre nuestros pueblos, han sido de tal manera halagadoras que “ya pueden enorgullecerse las naciones americanas de los mucho que han conseguido en el camino de la consolidación de la paz. Las conquistas del Derecho Internacional Americano, la solución de numerosos problemas de fronteras, las cuestiones de nacionalidad, los trabajos de los diversos Institutos de Cooperación Internacional, los sistemas consagrados de Conciliación y consulta, las realizaciones de las Conferencias Americanas en el sentido del desarme moral y de la seguridad colectiva, muestran hasta la evidencia, que existe, hoy por hoy, en el pensamiento de cada pueblo americano, yuxtapuesto a la idea de unidad nacional y como complemento de ella, un espíritu dominante de continentalismo que los aproxima, en una tensión

constante, para construir el futuro de la vida internacional dentro del ideal americano de una justicia superior, obtenida por la paz y basada en la equidad”.-

Esta paz, que en sí misma no es un fin, sino el medio necesario para que se desarrolle la cultura y la civilización y por lógica consecuencia, prosiguen los esfuerzos del perfeccionamiento humano, en el fuego sagrado que todos debemos alimentar. Los Gobiernos, con los medios de que dispongan para acercar a las Naciones; con la suscripción de pactos que vengan a reforzar la amistad; con el uso del derecho para solucionar sus controversias; con el estímulo a las instituciones e iniciativas tendientes a acercar a los hombres. Los investigadores de la ciencia, poniendo su saber y la potencia de sus mentes, al servicio de aquellas empresas de beneficio humano y jamás de destrucción; y nosotros, los que militamos en la juventud, tratando de comprendernos y de acercarnos día a día; estudiando los problemas que surjan en el mundo y que puedan comprometer la seguridad colectiva, para descubrir la solución acertada que considere, igualmente, los principios fundamentales de la sociedad internacional y las justas aspiraciones de las partes en litigio.-

Todo aporte a esta paz, de donde quiera que él provenga, no puede despreciarse y, antes al contrario, debe merecer la gratitud unánime de los hombres.-

Y al hablar de paz, la imaginación nos transporta, necesariamente a la triste visión de la Europa angustiada; a sus territorios regados de sangre joven; a sus hogares destruidos; al llanto sin consuelo de sus mujeres; al dolor de tantos ancianos y desvalidos; a las miradas atónitas de los pequeños que no alcanzan comprender por qué tan honda tragedia.-

Y esa ruina y caos, ha de acercarnos reflexionar seriamente y pesar la responsabilidad que todos tenemos de preservar la paz, para preservar nuestra civilización.-

Debemos garantizar la existencia de aquellos principios jurídicos que son para nosotros esenciales, entre los cuales, el respeto a la integridad territorial y a la soberanía de los Estado, nos parece ser el más importante. Para defender este acerbo, debemos tener presente que no bastan, solo, buenas intenciones en el resguardo de un Continente. Es mejor encontrarnos preparados para el momento aquél, en que se quiera poner a prueba la paz en que deseamos vivir.-

Todas estas reflexiones se derivan del hecho que formamos parte de una gran familia; familia que se ama de verdad y que debe conservarse para servir al mundo de Arca Santa de la civilización cristiana.-

Pero, así como, si llegara el caso, sabríamos defender la integridad del Continente, nuestras armas, no serán jamás utilizadas para destruirnos a nosotros mismos, quebrantando, de este modo, la gloriosa tradición pacífica que hemos heredado de nuestro antepasados. Y esta afirmación es rotunda, porque se ve, por encima del Continente, en la alta Montaña que divide nuestras patrias, una figura, que es la paz misma, que es la Caridad y el Amor entre las naciones. Se ve la Sagrada Imagen del Redentor, que bendice paternalmente a los pueblos americanos y parece indicarles, con Su Serena Mirada, el alto destino que les tiene reservado.-

He dicho.,